

El conflicto israelo-palestino después de Gaza

José Abu-Tarbush

Profesor de Sociología de la Universidad de la Laguna



La intervención militar israelí en la franja de Gaza constituye uno de los capítulos más devastadores y sangrientos del conflicto israelo-palestino. En el transcurso de tres semanas de continuos bombardeos, el Ejército israelí se cobró la vida de unas 1.450 personas (incluidos más de 400 niños) y cerca de 5.500 heridos; además de provocar numerosos daños materiales en infraestructuras civiles, edificios públicos, servicios comunitarios y fuentes primarias de sustento. Sin olvidar la destrucción masiva de viviendas familiares y la eliminación de vecindarios enteros.

Objetivos de la ofensiva militar israelí

Según la versión oficial, el objetivo de la ofensiva era acabar con el lanzamiento de cohetes *Qassam* desde la citada franja hacia las ciudades israelíes vecinas, destruir los túneles utilizados para el contrabando de armas y, en palabras de Simon Peres, “dar una lección a Hamás”. Desde una perspectiva más crítica se ha querido ver, además, otros objetivos en la denominada operación “Plomo Fundido”. Por el momento elegido, la ofensiva fue vinculada a las elecciones legislativas del pasado 10 de febrero en Israel. Se intentaba invertir la intención del voto, que según todos los sondeos favorecía al candidato del Likud, Benjamín Netanyahu, con objeto de mejorar las expectativas electorales de la candidata del partido Kadima, Tzipi Livni, y frenar la anunciada debacle electoral del partido laborista que preside Ehud Barak, entonces ministro de Defensa.

La ofensiva israelí se encuadra en la continua búsqueda del politicidio palestino por el movimiento sionista y en una década de “guerra global contra el terrorismo”

A su vez, los gobernantes israelíes percibían la transición de poder en Estados Unidos como el momento más oportuno, dado que seguirían contando con el apoyo de la administración saliente (una de las más pro-israelíes que se recuerdan en la historia) y no comprometía la agenda del nuevo equipo gubernamental, empeñado en distanciarse de la imagen cosechada por la política del presidente Bush en Oriente Medio y en introducir algunas medidas de distensión en la región. Difícilmente la nueva administración hubiera aceptado su estreno político en la zona con la bendición de un baño de sangre, justo en uno de los temas más espinosos, el de la *cuestión palestina*, que —por su centralidad— mayor simpatía y empatía suscita desde un extremo al otro del mundo árabe e incluso, más allá de éste, en el islámico. Obviamente, esto no significó una alteración en la *especial alianza estratégica* que mantiene Washington con Tel Aviv, aunque no siempre coincidan sus intereses y tiempos. De ahí que, fruto de un probable acuerdo, la campaña militar terminó unos días antes de la toma de posesión del nuevo presidente Obama, evitando su esperado pronunciamiento sobre el conflicto.

Desde una óptica más psicosocial, se ha señalado también el valor de restitución moral de la que, sin duda, es la institución más importante y columna vertebral del Estado israelí, el Ejército, sobre todo después de las críticas cosechadas tras su frustrada intervención en el Líbano frente a Hezbolá durante el verano de 2006, por “impulsiva e improvisada”, según el Informe Winograd. En esta misma línea de argumentación, destaca el mensaje que Tel Aviv deseaba remitir a este mismo movimiento de resistencia (Hezbolá) y a algunos Estados de la región (Siria e Irán) de que no se parará ante nada ni nadie que desafíe su seguridad.

Por último, dicha intervención estaba también destinada a interferir en el balance de fuerzas interpalestino, con el propósito de debilitar a Hamás frente a su rival, Fatah. En concreto, se ha sugerido su vinculación con el fin del mandato presidencial de Mahmud Abbas al frente de la Autoridad Palestina (AP), el pasado 9 de enero,¹ y la cercanía de las elecciones legislativas previstas para enero de 2010. Desde esta lógica, se considera que dicha intervención intentaba erosionar e incluso decapitar políticamente al Movimiento de Resistencia Islámica (más conocido por su acrónimo de Hamás) y, en contraposición, favorecer al sector más capitulacionista dentro de Fatah ante los próximos comicios presidenciales y legislativos. Esta tesis ha ido adquiriendo mayor crédito en la medida en que comienzan a desvelarse, entre otros hechos, que hombres de Fatah aguardaban en El Cairo para hacerse con el control de la franja de Gaza ante la esperada (y deseada) rendición de Hamás (Muñoz, 2009). Con independencia de que esta denuncia sea cierta o no, es de temer que si es percibida como verídica por el grueso de la sociedad palestina, será así interiorizada con sus inevitables consecuencias. Paradójicamente, quien más ha contribuido a popularizar esta opinión ha sido el propio presidente de la AP, Mahmud Abbas, con sus declaraciones, pronunciadas tanto al comienzo como al final de la invasión, en las que responsabilizaba a Hamás de la respuesta israelí. A esto se sumó el comportamiento de las fuerzas de seguridad de la AP en Cisjordania, que reprimieron todas las manifestaciones ciudadanas de protesta y solidaridad con sus hermanos en Gaza. Por tanto, la acción israelí no fue ajena a la situación interna palestina e incluso pudo contar con cierta connivencia en el entorno de la presidencia de la AP. En definitiva, el objetivo principal de la ofensiva militar era asestar un duro golpe a Hamás. Si bien podría no tener un efecto decisivo, sí sería lo suficientemente significativo para intentar su decapitación política con el fin de su Gobierno en la franja de Gaza.

Perspectiva histórica

Difícilmente se puede comprender la crisis de Gaza sin contemplarla con cierta perspectiva histórica. La ofensiva israelí se encuadra en la continua búsqueda del *politicidio* palestino por el movimiento sionista y, más coyunturalmente, en una década de “guerra global contra el terrorismo” iniciada por la administración neoconservadora estadounidense con su respuesta militarista a

¹ Su mandato se ha visto prolongado un año más debido a la situación de emergencia, además de una interpretación forzada y controvertida de la ley electoral en la que se afirma que el presidente y el Parlamento son elegidos al mismo tiempo. Sobre esta polémica véase Brown (2008)

La desigualdad de poder hizo que la potencia ocupante se impusiera en todo momento, marcando el ritmo de las negociaciones, interrumpiéndolas indefinidamente, confiscando más territorios y expandiendo su colonización

los atentados del 11-S. Esta cobertura ha sido instrumentalizada por los sucesivos Gobiernos israelíes para imponer, mediante el uso de la fuerza, su estrategia colonial ante la resistencia del movimiento nacional palestino. En este contexto, y en el breve plazo de menos de una década, Israel ha protagonizado tres guerras: la primera contra la infraestructura paraestatal de la AP en Cisjordania en la primavera de 2002; la segunda contra la presencia de Hezbolá en el sur del Líbano en el verano de 2006; y, por último, esta tercera contra el Gobierno de Hamás en Gaza.

La guerra del Líbano se ha visto como un precedente de la última intervención militar, pero existen más diferencias que similitudes entre ambas. Mayor comparación admite con la ofensiva israelí desencadenada en el 2002 contra la AP, precedida por el fracaso del proceso de Oslo, el estallido de la segunda Intifada y el hecho de haber centrado toda la culpabilidad en la figura de Arafat, a quien se le negaba ser un interlocutor palestino “válido”. A su vez, la crisis de Gaza estuvo precedida por el fracaso de la iniciativa de Annapolis, el triunfo electoral de Hamás y su exclusión como interlocutor palestino sobre el que se hace recaer toda la responsabilidad.

Más allá de sus respectivas coyunturas políticas, ambas crisis han tenido como denominador común el fracaso del proceso de paz. El denominado proceso de Oslo (1993-2000) estuvo viciado desde el primer momento por la asimetría de poder entre las partes negociadoras (Israel y la OLP), la mediación parcial estadounidense, y la ausencia de un principio rector que fijara claramente su meta. Este déficit dejó que las partes recurrieran, ante la falta de acuerdo, a sus propias fuerzas para imponerse sobre la otra o, al menos, frustrar sus planes. La desigualdad de poder hizo que la potencia ocupante se impusiera en todo momento, marcando el ritmo de las negociaciones, interrumpiéndolas indefinidamente, confiscando más territorios, expandiendo su colonización, marginando a la AP y llevando a cabo una política de “asesinatos selectivos”. Por su parte, los palestinos recurrieron a una nueva Intifada (*Intifada al-Aqsa*) que, a diferencia de la primera, pronto adquirió un carácter armado frente a las fuerzas de ocupación desplegadas en los territorios palestinos; e incluso rebasó la línea verde (del armisticio de 1949) con las acciones de terrorismo suicida en Israel. La segunda Intifada expresaba la frustración de las expectativas ante el fracaso del proceso de paz, pero también tenía otra clave interna, la rivalidad entre las elites políticas palestinas, de lucha de poder entre “la vieja y la joven guardia de Fatah” (Shikaki, 2002: 89-105). Sin olvidar la competición entre los nacionalistas de Fatah y los islamistas de Hamás por granjearse el apoyo mayoritario de la misma base social.

La invasión israelí a Cisjordania, durante la primavera de 2002, logró su propósito de extenuar la infraestructura paraestatal de la AP sin colapsarla del todo. Interesaba mantenerla materialmente debilitada y políticamente relegada, sin márgenes de eficacia (su presidente, Arafat, fue confinado en la *Muqata*). Su lógica perseguía evidenciar la incapacidad de la AP para proveer de servicios y necesidades básicas a su población e incluso asegurar su protección. Ejemplo de ello fue la destrucción de su infraestructura de seguridad, al mismo tiempo que se exigía a la AP que asumiera sus compromisos en esta materia con Israel controlando a los grupos armados (*Tanzim*, Brigadas de los Mártires de al-Aqsa, Hamás y Yihad Islámica).

La administración estadounidense, ocupada en Afganistán y en Irak, atendió tardíamente la mediación del conflicto. No obstante, en junio de 2002, el presidente Bush adelantó las exigencias de reforma (liderazgo, institucionales y de seguridad) a la parte palestina para la creación de su Estado *provisional*. Estas condiciones se concretaron en la denominada Hoja de Ruta aprobada por el Cuarteto (integrado por Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y Naciones Unidas) en diciembre de 2002. Su calendario, dividido en tres fases, exigía el fin de la violencia, la reforma y reconstrucción de las instituciones palestinas y la congelación de los asentamientos israelíes para, después de un periodo de transición hacia un Estado palestino provisional, negociar su estatuto permanente y el fin del conflicto en 2005. Esta fecha fue rebasada y la Hoja de Ruta incumplida.

Aunque la AP acometió algunas reformas (ratificó la Ley Fundamental, unificó algunos cuerpos de seguridad e incorporó la figura del primer ministro), éstas siempre resultaron insuficientes para el Gobierno de Sharon, que se negó a reanudar las negociaciones e implementar la Hoja de Ruta sobre la que presentó un centenar de enmiendas. A su estrategia dilatoria, de hechos consumados, Israel sumó una dinámica unilateralista en la que, por definición, excluía a la parte palestina. Incluso tras la desaparición de Arafat (calificado como el obstáculo para la paz), en noviembre de 2004, y su reemplazo por Mahmud Abbas, tras las elecciones presidenciales en enero de 2005, Sharon siguió ignorando a la AP. Paralelamente, mantuvo su unilateralismo con la construcción del Muro, la desconexión de Gaza en 2005 y el anuncio de su plan de convergencia para Cisjordania (sin ejecutar hasta la fecha y basado en el desmantelamiento parcial de colonias poco significativas).

Sólo tras el inesperado triunfo electoral de Hamás en las elecciones legislativas, en enero de 2006, el Ejecutivo israelí volvió a tomar en consideración a la AP por razones bien diferentes a las

*Hasta la fecha
no existe ningún
pronunciamiento
israelí, de
carácter oficial,
que reconozca
el derecho de los
palestinos a tener
su propio Estado
en las fronteras
anteriores a la
guerra de 1967*

del proceso negociador. De hecho, su retirada de Gaza se ejecutó sin coordinación con la AP y no se transfirieron las colonias desmanteladas. Este comportamiento reforzó la lectura triunfalista de Hamás y su idea de que la resistencia había obtenido lo que la AP no había logrado en años de negociaciones. La salida del ejército israelí de Gaza y su evacuación de 8.000 colonos se presentó como una dolorosa concesión encaminada hacia la solución del conflicto. Sin embargo, la realidad que se impuso desde entonces fue justo la contraria. Israel aceleró su colonización de Cisjordania con 12.000 nuevos colonos (muchos procedían de la evacuada franja de Gaza). Si bien Israel ya no estaba dentro de Gaza, Gaza siguió estando dentro de Israel. Más que de una retirada de su ejército de Gaza habría que hablar de un repliegue de las tropas israelíes a sus fronteras, pues controlan todos los accesos a la franja por tierra, mar y aire, deciden qué y quién puede entrar y salir y someten a su población a toda una serie de restricciones, asfixia económica y bloqueo que han derivado en una auténtica emergencia humanitaria mucho antes de la intervención del 27 de diciembre de 2008.


El triunfo electoral de Hamás fue una sorpresa, pero también un desafío. En el espacio político palestino puso fin a la histórica hegemonía que había disfrutado Fatah hasta entonces, relegando a sus reticentes elites a un segundo plano. En la ecuación del conflicto palestino-israelí supuso la entrada en escena de un actor menos proclive a realizar concesiones frente a la potencia ocupante y que, además, cuestionaba los acuerdos de Oslo por no garantizar los mínimos de la agenda nacional palestina. En el ámbito regional encendió las alarmas de los Estados vecinos con una fuerte oposición islamista en su seno (Egipto sería el caso más emblemático por razones históricas y de cercanía). Por último, en el espacio internacional, Estados Unidos se veía confrontado a mostrar la sinceridad de su política de promoción de la democracia en el mundo árabe, aceptando esa nueva realidad o bien, por el contrario, retratándose mediante la disonancia existente entre su discurso y su acción exterior.

Prácticamente todos los actores parecían tener razones para con-fabularse en contra del Gobierno electo de Hamás. Israel se negó a reconocerlo, por considerar a Hamás como una organización terrorista. Estados Unidos y la Unión Europea adoptaron la misma posición y exigieron a Hamás que renunciara a la violencia, reconociera al Estado israelí y los acuerdos firmados entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), conjuntamente con la AP. La negativa de Hamás a aceptar esas exigencias tenía su principal fundamento en la propia trayectoria de la OLP, que había desvelado todas sus cartas antes del proceso negociador sin exigir ninguna garantía ni contrapartida israelí de la

misma naturaleza y reciprocidad. Hasta la fecha no existe ningún pronunciamiento israelí, de carácter oficial, que reconozca el derecho de los palestinos a tener su propio Estado en las fronteras anteriores a la guerra de 1967, con su capital en Jerusalén Este; tampoco ha renunciado Israel al ejercicio de la violencia; ni su política de expansión territorial se caracteriza por el cumplimiento de los acuerdos firmados anteriormente. La lección que extrajo Hamás fue que las concesiones se deben de hacer sobre un acuerdo firme y con garantías de cumplimiento, no sobre vagas promesas e insinuaciones.

Estados Unidos y la Unión Europea asumieron la posición de la potencia ocupante de manera tan incondicional que, junto con ésta, terminaron castigando a la población ocupada por la elección que había hecho. Además del aislamiento político, las principales medidas de presión adoptadas fueron económicas. Tel Aviv no transfirió a la AP el dinero de los impuestos que grava a los productos importados por los territorios palestinos; y, por su parte, Washington y Bruselas suspendieron su ayuda económica a la AP, aunque finalmente buscaron una modalidad para ayudar a la presidencia de la AP, encarnada en Mahmud Abbas, en detrimento del Gobierno de Hamás. Esta misma lógica colonial, de “divide y vencerás”, adquirió una nueva dimensión ante la formación del Gobierno de unidad nacional formado por Hamás y Fatah en marzo de 2007. Pese a que el nuevo ejecutivo adoptó un programa claramente pragmático, mostrando su predisposición a negociar, Israel mantuvo su negativa, reforzada por Estados Unidos y la Unión Europea, que continuaron con su boicót político y económico. No sólo se “desaprovechó la posibilidad de contar con un socio palestino unitario y dispuesto a la negociación política” (Barreñada, 2008: 175-205), sino que se presionó a la presidencia de la AP para poner fin al Gobierno de unidad nacional.

Los planes más siniestros de esta presión fueron los elaborados para derrocar al Gobierno de Hamás por las armas. Su autoría se debió a un grupo de oficiales de la Casa Blanca comandado por el viceconsejero de Seguridad Nacional, el neoconservador Elliot Abrams, en febrero de 2006, pocos días después del éxito electoral de Hamás; y contó con el apoyo del presidente Bush y su consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice (Conflicts Forum, 2007; Rose, 2008 y De Soto, 2008). Pese a las dudas y opiniones adversas que suscitaba, se terminó apoyando con dinero, armas, municiones y entrenamiento al grupo de Fatah encabezado por el ex responsable de la Seguridad Preventiva en Gaza, Muhammad Dahlan. Este controvertido personaje, que fue durante un corto periodo de tiempo consejero de Seguridad Nacional de Mahmud Abbas, encabeza una de las corrientes más colaboracionistas dentro de Fatah, abiertamente partidario de la confrontación



Estados Unidos y la Unión Europea asumieron la posición de la potencia ocupante de manera tan incondicional que, junto con ésta, terminaron castigando a la población ocupada por la elección que había hecho

con Hamás y, por ello, considerado por sus detractores como un agente al servicio de intereses ajenos a la cuestión nacional palestina. La toma de poder de Hamás en Gaza, en junio de 2007, fue en realidad una reacción a este anunciado golpe. Desde entonces, Israel declaró a Gaza como “territorio enemigo” y endureció su bloqueo, provocando un gran sufrimiento a la población que, según sus cálculos, terminaría expresando el descontento con la política de Hamás e incluso podría suscitar su sublevación. Es en este contexto en el que se encuadra la pasada intervención israelí en Gaza. En definitiva, se recurrió al devastador castigo militar ante el fracaso del bloqueo económico para que el grueso de la población retirara su apoyo a Hamás.

No es la primera vez que Israel responde con la fuerza a una opción política palestina que adquiere mayor apoyo social, capacidad de alcanzar compromisos y credibilidad internacional

No es la primera vez que Israel responde con la fuerza a una opción política palestina que adquiere mayor apoyo social, capacidad de alcanzar compromisos y credibilidad internacional, al mismo tiempo que modera su discurso hacia una agenda más posibilista. Es la misma estrategia que aplicó con la OLP a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta. A mayor pragmatismo mostrado por la central palestina, mayor intransigencia y belicosidad expresaba el Gobierno israelí. La invasión del Líbano en 1982 buscó acabar con la infraestructura de la OLP, no porque representara una amenaza a su seguridad (según la versión oficial), sino porque, con la adopción de su programa mínimo (solución de los dos Estados), constituía un desafío político que desmantelaba la estrategia israelí de prolongar indefinidamente la ocupación y, en consecuencia, desvelaba su falta de voluntad para solucionar el conflicto. Del mismo modo, el respaldo social logrado por Hamás en las elecciones de 2006, la tregua alcanzada con Israel en junio de 2008, unido a su creciente reconocimiento regional e internacional y la adopción de una agenda nacional centrada en el compromiso territorial (opción de los Estados, que implica un reconocimiento de Israel *de facto*), sitúan a Hamás como un actor imprescindible para alcanzar un acuerdo de paz. Incluso Efraim Halevy, ex director del Mossad entre 1988 y 2002, reprocha a los responsables políticos israelíes su ceguera para no advertir los cambios registrados en la posición de Hamás respecto a la resolución del conflicto (Halevy, 2008).

Palestina: unidad nacional e iniciativa estratégica

El movimiento nacional palestino pasa por sus horas más bajas. Su debilidad política y material se refleja en el conflicto con Israel y en el sistema internacional, sin alianzas significativas ni contrapesos suficientes que compensen su desventaja estratégica. Esta

situación se ha visto agravada por su división interna. A lo largo de su trayectoria, la OLP ha registrado diferentes crisis internas, fruto de sus propias contradicciones e inherentes a todo movimiento y proyecto político. Su principal línea de controversia era la política e ideológica, que enfrentaba dialécticamente a nacionalistas-populistas (Fatah) y a los nacionalistas de izquierdas, de orientación marxista (Frente Popular para la Liberación de Palestina, FPLP, y Frente Democrático para la Liberación de Palestina, FDLP). La izquierda nacionalista nunca supuso un serio desafío a la hegemonía ejercida por los nacionalistas-populistas. Su base social de apoyo se circunscribía a círculos intelectuales, profesionales liberales y universitarios. Sus sonadas controversias no derivaron en confrontación violenta; por el contrario, proyectaron una imagen de pluralidad en el seno de la OLP.

La emergencia del movimiento islamo-nacionalista en los territorios ocupados introdujo dos novedades en el panorama político palestino: Hamás no estaba integrado en la OLP y representaba un serio desafío al histórico predominio sociopolítico e ideológico de Fatah. Su configuración como un bloque contrario a la hegemonía se articuló en torno a los siguientes factores: su atractivo político e ideológico, con una agenda islamista y nacionalista que ampliaba su espacio en la sociedad; su base de apoyo, de carácter amplio e interclasista, y que disputa la misma franja social en la que se asienta Fatah; el fracaso del proceso de paz que, en lugar de brindar sus prometidos dividendos, ha traído un considerable declive político, territorial y económico; el desgaste de Fatah al frente de la AP por su criticada gestión (corrupción, nepotismo, autoritarismo e ineficacia), y, finalmente, la debilidad y fragmentación interna de Fatah, sin una orientación política clara ni un líder que aglutine apoyos y entusiasmo (Shikaki, 1998: 29-43; y 2006). El triunfo electoral de Hamás en el 2006 fue también fruto de su laboriosa tarea de asistencia social entre los sectores más necesitados y agraviados (refugiados, clases populares, familias de prisioneros políticos y mártires), con una gestión transparente y eficaz, que le ha granjeado una imagen de honestidad. De hecho, sus apoyos comenzaron a despuntar desde hace algo más de una década con resultados electorales crecientemente exitosos en colegios profesionales, universidades y municipios.

Las diferencias entre ambas organizaciones son considerables e irreconciliables en ciertos aspectos. La AP-Fatah ha mantenido una estrategia de negociación con Israel y su principal fuente de legitimidad y apoyo actual es externa (países árabes “moderados”, Unión Europea y Estados Unidos), mientras que Hamás ha desarrollado una estrategia de resistencia (incluso armada) frente a la ocupación, y su principal apoyo y legitimidad deriva del in-

terior de su sociedad. Esta división se agudizó tras el conato de guerra civil en junio de 2007, las represalias de Hamás contra la AP-Fatah en Gaza y de la AP-Fatah contra Hamás en Cisjordania, los reproches y acusaciones mutuas que siguieron y la fragmentación política y territorial con el resultado paradójico de “dos Gobiernos” sin “ningún Estado” (Álvarez-Ossorio, 2007: 79-92).

El nuevo escenario creado tras la devastación de Gaza, junto al pésimo resultado de las elecciones israelíes cara a futuras negociaciones, es considerado como una oportunidad política para sellar una nueva cooperación entre la AP-Fatah y Hamás. La opción es clara. De persistir su división sólo se debilitará más la posición palestina y, en contraposición, se fortalecerá la estrategia israelí; y, a medio o largo plazo, la sociedad palestina responsabilizará a ambas organizaciones por no lograr la unidad nacional, con el riesgo de ver erosionados sus respectivos apoyos sociales. Pero no siempre los actores eligen la opción óptima, también depende de su voluntad política, de la posición de fuerza que ocupen y de las compensaciones o ganancias que adviertan en la estrategia de cooperación, sin olvidar las amenazas o refuerzos externos. De hecho, ambas organizaciones han sido acusadas de poseer una visión más partidista que nacional, de buscar su legitimación interna e internacional, y de consolidar el control de sus respectivos territorios, por encima de la unidad nacional (International Crisis Group, 2008).

Pese a que ninguna de las partes tiene futuro sin la otra, nada predice que Fatah y Hamás vayan a abandonar sus respectivas posiciones, que les permiten un relativo control territorial, sobre la base de un proceso de unidad nacional todavía incierto. Sin embargo, podrían adentrarse en una dinámica de reconciliación nacional para intentar compensar sus deficiencias e incluso obtener ciertas ganancias. La AP-Fatah necesita recuperar su imagen y capital político de cara a las próximas elecciones presidenciales y legislativas, después de cosechar numerosas críticas por su cuestionada posición durante la crisis de Gaza y ante la falta de expectativas de su estrategia negociadora con el nuevo Gobierno israelí. A su vez, Hamás necesita romper su aislamiento, obtener reconocimiento internacional y reconstruir la franja de Gaza, donde reside su principal bastión social y político. Los principales puntos que negociar entre la AP-Fatah y Hamás giran en torno a la formación de un nuevo Gobierno para Gaza y Cisjordania, las próximas elecciones parlamentarias y presidenciales, la reestructuración y profesionalización de las fuerzas de seguridad, la reforma de la OLP para integrar a Hamás y la Yihad Islámica y la reconstrucción de Gaza. Son temas que prometen ser controvertidos y cuya negociación será prolongada, aunque no es necesario que ambas organizaciones alcancen un acuerdo sobre

todos estos puntos para establecer una dinámica de cooperación nacional.²

A la situación interna palestina se suma la amenaza externa, de un Gobierno israelí más claramente agresivo y determinante en su política de ocupación que, en contrapartida, puede facilitar la cohesión interna palestina; unido al refuerzo exterior de una administración estadounidense teóricamente más partidaria de implicarse en la resolución del conflicto y de alcanzar un compromiso. Es más, la presión regional e internacional puede propiciar un acercamiento entre la AP-Fatah y Hamás. Estados Unidos y la Unión Europea podrían aceptar e incluso animar la formación de un Gobierno de unidad nacional palestino, aunque este impulso dependerá de cómo evolucionen las negociaciones de Washington con Teherán y con Damasco.

Una hipotética unidad nacional descansará en cimientos muy débiles si no se ordena y clarifica Fatah. Su último congreso se celebró en 1989. Desde entonces está pendiente de celebrarse el sexto. Su reforma resulta imprescindible, incluso para el conjunto del movimiento palestino. Sin su prolongada crisis no se entiende, en parte, el éxito electoral de Hamás en 2006. Fatah pasó de ser la columna vertebral de la OLP a unir su suerte a la del proceso de paz al frente de la AP. Sin tener nada que ofrecer ante el fracaso de las negociaciones, su repertorio estratégico parece agotado. Sólo una profunda reforma de su organización y la clarificación de su línea política pueden rescatarle de su declive y potencial desintegración. De hecho, en su seno coexisten corrientes diversas y contradictorias que expresan su falta de coherencia como organización, fruto del legado patrimonialista de Arafat, que la dejó severamente debilitada y fragmentada (Sayigh, 2007: 7-40).

Su vieja guardia se opone a la reforma y democratización. Aunque vinculada a la AP, parte de sus miembros ve con recelo el Gobierno tecnócrata presidido por Salem Fayyad, que carece de representatividad y apoyo social (salvo el internacional).³ Su joven guardia, sin poderes corporativos, está más difuminada. Una de sus principales referencias es Marwan Barghouti, encarcelado en Israel desde 2004, donde cumple cinco cadenas perpetuas. Por lo general, toda la organización sufre la fragmentación en numerosos grupos, facciones disidentes y rivalidades personales, sin diálogo ni mucha comunicación entre ellas. De manera

² A finales de febrero unas 14 organizaciones palestinas emprendieron negociaciones en El Cairo en esa dirección sin alcanzarse ningún acuerdo.

³ Fayyad presentó su dimisión a principios de marzo, manteniéndose en funciones hasta que se logre un acuerdo entre las principales organizaciones palestinas para formar, presumiblemente, un nuevo gobierno de unidad nacional

El interés de Israel en el proceso de paz responde a su propósito de mantener una ficción que le sirva de cobertura para seguir adelante con su política de colonización del territorio palestino

que el sector AP-Fatah es percibido como un cuerpo intermedio entre la potencia ocupante y la población ocupada, cuando no es denunciado por su colaboración con el Ejército de ocupación. Pero, al mismo tiempo, hay sectores que han participado en la resistencia armada e incluso en ataques suicidas; otros que, en su relación con Hamás, son partidarios de la confrontación violenta y los que han participado conjuntamente con los islamistas en la resistencia de Gaza. En suma, sin una profunda reforma de Fatah, el proceso de unidad nacional peligrará o perderá toda su coherencia y eficacia.

Tan importante como alcanzar su unidad nacional es la adopción de una estrategia común. La una sin la otra carece de sentido. Desde la primera Intifada el movimiento palestino no asume la iniciativa estratégica. Desde entonces se ha limitado a reaccionar —dividido— a la de los otros actores (Israel, Estados Unidos, Cuarteto, Liga Árabe). Las dificultades que entranan ambos procesos son obvias. Pero existen notables puntos de encuentro desde los que partir. Un documento de referencia es el elaborado por el Grupo de Estudios Estratégicos Palestinos, en el que se subraya la necesidad de reconsiderar la estrategia palestina para alcanzar sus objetivos nacionales. En su propuesta se identifican los escenarios inaceptables (prolongación de las negociaciones *sine die*, acuerdo pseudo provisional sobre dos Estados, separación unilateral dictada por Israel y control de los territorios ocupados por Egipto y Jordania); y las respuestas alternativas (concluir definitivamente las negociaciones iniciadas en 1988, reconstruir la AP para evitar su instrumentalización por la ocupación, incrementar los costes de la prolongación de la ocupación por Israel y, por último, cambiar el objetivo estratégico de la opción de dos Estados hacia la de un solo Estado) (Palestine Strategy Study Group, 2008). La pregunta que queda abierta es si sus fuerzas políticas, en particular, Fatah y Hamás, estarán a la altura de las circunstancias para asumir la necesaria unidad nacional y estrategia común que, a su vez, conduzca al fin de la ocupación y el establecimiento de un Estado palestino independiente y soberano.

El nuevo Gobierno israelí

A lo largo de casi dos décadas de negociaciones, Israel ha aplicado una estrategia dilatoria con un doble objetivo: uno, mantener su compromiso formal con el proceso de paz y, dos, continuar con su política de “hechos consumados” en los territorios palestinos que ocupó en 1967. Ambos fines se mostraron incompatibles desde el primer momento. No se puede mantener la ilusión de la

paz al mismo tiempo que se socavan sus cimientos. La fórmula inicial de “territorios a cambio de paz” fue vaciada de todo su contenido. En lugar de registrarse una gradual retirada israelí del territorio palestino, éste ha sido objeto de una creciente confiscación, colonización y fragmentación. Las previsiones más optimistas acerca del establecimiento de un futuro Estado palestino se han visto desmentidas por la realidad. Tampoco se han materializado los prometedores dividendos de la paz; por el contrario, las condiciones materiales de vida en los territorios se han degradado como nunca antes. En suma, cuatro décadas de ocupación (las dos últimas coinciden con el proceso de paz) ha sido tiempo más que suficiente para que Israel manifestara, tanto en su discurso como en su práctica, su voluntad de retirarse. La conclusión que se extrae es justo la contraria, que no está dispuesto a retirarse de todos los territorios que ocupa desde 1967 ni a aceptar el establecimiento de un Estado palestino independiente.

El interés de Israel en el proceso de paz responde a su propósito de mantener una ficción que le sirva de cobertura para seguir adelante con su política de colonización del territorio palestino. De hecho, adentrándose en el proceso de paz, Israel obtuvo importantes ganancias sin realizar ninguna concesión significativa. En el ámbito internacional, logró salir de su aislamiento tras la condena que suscitó su brutal represión de la primera Intifada (1987-1993). De hecho, después de la Conferencia de Madrid (1991) treinta y dos Estados establecieron o reanudaron sus relaciones diplomáticas con Israel, a los que se sumaron treinta y siete más tras la firma de la Declaración de Principios con la OLP (1993). En el espacio regional, llegó a un acuerdo de paz con Jordania, estableció relaciones diplomáticas con Mauritania y comerciales con Qatar, retomó con mayor comodidad las que mantenía con Egipto, emprendió negociaciones con Siria y abrió oficinas de interés en Túnez, Marruecos y Omán.⁴ A su vez, en el apartado económico, los Estados árabes del Golfo cancelaron el boicot a Israel.

En el terreno de la controversia con los palestinos, Israel vio reconocido su derecho a la existencia como Estado por la OLP sin ninguna reciprocidad o contrapartida similar, pues Israel sólo reconoció a la OLP como legítimo representante del pueblo palestino, pero no el derecho de los palestinos a tener su propio Estado. Es más, con el establecimiento de la AP en las principales ciudades palestinas de las que Israel se fue replegando, ésta fue la encargada de administrar los asuntos civiles de los palestinos

⁴ Aunque estos tres últimos países cerraron dichas oficinas y suspendieron sus relaciones en octubre de 2000, tras el inicio de la segunda Intifada; y, tras la ofensiva a Gaza, Mauritania cortó sus relaciones diplomáticas. Qatar congeló las suyas y Siria suspendió las negociaciones que mantenía con Israel.

y de velar también por la seguridad israelí. La disfunción de la AP se hizo rápidamente evidente. Fue percibida cada vez más como un cuerpo intermedio entre la potencia ocupante y la población ocupada, que liberó al Ejército de ocupación de tener que tratar cotidianamente con los ocupados. Israel exigió a la AP mayor contundencia para frenar las crecientes acciones de protesta y resistencia ante la frustración que suscitaba la falta de avances tangibles en el proceso de paz, y terminó responsabilizándola de las mismas, reduciendo la cuestión palestina a un mero problema de seguridad.

Paralelamente, Israel continuó con su política de expansión y colonización de los territorios palestinos, transformando y fragmentando su geografía, minando la base material y política de su sociedad e imposibilitando la construcción de un Estado palestino independiente, con continuidad territorial y viabilidad económica. Como señala Henry Siegman, todo lo más que Israel está dispuesto a aceptar es un conjunto de pequeños y aislados enclaves o *bantustanes* (Gaza sería el primero de la serie), que se podrían denominar Estado, con objeto de evitar la formación de un Estado binacional en el que la mayoría de la población sería palestina (Siegman, 2007). En síntesis, Israel no tiene una solución al conflicto, sólo una estrategia dilatoria, y está dispuesto a convivir con el conflicto. Considera que el paso del tiempo juega a su favor. De ahí su doble cara estratégica, una mantiene la apariencia del proceso de paz, y otra sigue erosionando la solución material y política de la controversia. Para ello emplea una diplomacia escalonada, destinada a hacer que la opinión pública perciba como coherente y apoye esta doble estrategia a sus exigencias.

Por poner un ejemplo, Israel considera el crecimiento demográfico palestino como una amenaza a su seguridad, por lo que baraja los tres escenarios siguientes. El primero sería el de una nueva limpieza étnica que evitaría que los palestinos terminen convirtiéndose en la mayoría de la población en el Estado de Israel. Proclama que no se reduce sólo a Avigdor Lieberman; cuando ocupaba el cargo de ministra de Exteriores, Tzipi Livni también hizo referencia a la transferencia de población. Semejante escenario parece poco probable, pero no imposible. Como advierte Nur Masalha, el tema de la transferencia “aparece a menudo en las encuestas de opinión” y ha terminado convirtiéndose en un “debate lícito”, sobre el que “importantes figuras del *establishment* político-militar israelí se han pronunciado abiertamente a favor de la expulsión masiva de los palestinos, en particular de los Territorios Ocupados” (Masalha, 2008). A este respecto no cabe olvidar la salida por goteo de un importante sector de población palestina (clases medias, profesionales liberales y jóvenes

universitarios) ante el deterioro socioeconómico y político de los territorios durante la última década.

El segundo escenario es mantener el *statu quo* actual, consistente en una política de discriminación racial de la población árabe-palestina. Esta práctica ha convertido a Israel en un Estado segregacionista, que viola sistemáticamente los derechos individuales y colectivos de la población nativa que ocupa: transforma su geografía y demografía, confisca su territorio y sus recursos acuíferos, crea nuevos asentamientos de colonos, establece puestos de control y fragmenta todo su territorio, encerrando a su población en guetos, detrás de un muro, o bien bloqueándola como sucede en Gaza, donde se ha creado la ficción de un supuesto territorio (*bantustán*) independiente. Éste es el escenario más plausible, pues es el ya existente. Nada predice que vaya a cambiar en un futuro próximo, aunque la situación tiene un límite y puede volverse en contra del ocupante. Mucho dependerá de la respuesta estratégica que adopten los ocupados. También de la que se adopte en el exterior, donde cada vez más se equipara la política israelí con la de Sudáfrica del *apartheid* y, en consecuencia, se está adoptando una campaña de boicot que de momento parece circunscribirse a la sociedad civil sin trascender todavía a los Estados. Paradójicamente, esta prolongada situación está ampliando la convicción de la futilidad de la opción de los dos Estados a favor de la de un solo Estado.

El tercer escenario es que Israel termine transformándose en el Estado de todos sus ciudadanos, reconociendo los derechos de ciudadanía a toda su población sin ningún tipo de discriminación racial ni religiosa. Semejante modelo llevaría a un Estado unitario o binacional. Pero implicaría transformar la base étnica del actual Estado israelí, de mayoría y supremacía judía. Pese a que este paradigma gana cada día mayores adhesiones en la sociedad palestina, incluso en ciertos sectores de la sociedad israelí y en la sociedad civil transnacional, tropieza con la negativa de las fuerzas políticas dominantes en Israel. En los últimos tiempos sus gobernantes abogan por el reconocimiento de Israel como un Estado *judío*. Término, éste, que no es inocente y busca reafirmar la base étnica de su Estado, excluyendo toda posibilidad de integrar en condiciones de igualdad tanto a su minoría actual, los denominados árabes-israelíes, como a toda la población palestina que ocupa desde 1967. De hecho, la desconexión de Gaza se realizó en esa clave, de liberar a Israel de la presión demográfica que representa una población de 1,5 millón de palestinos, en un territorio sin mucho atractivo y donde sólo tenía asentados unos 8.000 colonos (frente a los cerca de 500.000 existentes en Cisjordania y Jerusalén Este) que suponían una carga en materia de seguridad.

Sólo cabe descartar estos tres escenarios si se adopta el de los dos Estados. Pero sus perspectivas distan de ser realistas, dada la ausencia de voluntad política israelí para permitir un Estado palestino viable, independiente y soberano en los territorios que ocupó en 1967 y la negativa palestina para aceptar una serie de *bantustanes* aislados a los que se denominaría Estado, además de la creciente pérdida de apoyo y entusiasmo que suscita el proyecto de dos Estados actualmente entre los palestinos (Nuseibeh, 2008). Hay algunas opiniones más negativas y de más largo recorrido histórico, como la de Immanuel Wallerstein, que predice el suicidio político de Israel ante la descomposición de los tres elementos (militarismo, alianzas geopolíticas y relaciones públicas) en los que ha basado su estrategia de supervivencia y expansión a lo largo de su historia (Wallerstein, 2009).

El nuevo Gobierno israelí surgido de las urnas tampoco permite predecir ningún cambio sustancial sobre estos horizontes políticos. Por el contrario, las tesis más pesimistas parecen ganar terreno. Pese a que no hubo un claro ganador, dada la tendencia a la fragmentación del voto del sistema electoral proporcional israelí, resulta innegable el refuerzo de las opciones más derechistas e incluso ultraderechistas que situaron al partido Kadima como el más votado (con 28 escaños), seguido muy de cerca por el Likud (27) e Yisrael Beiteinu como tercera fuerza política (15), relegando a una cuarta posición a los laboristas (13) y a Shas en el quinto puesto (11). Los problemas para formar Gobierno tuvieron que ver más con las rivalidades personales entre las elites políticas israelíes (Livni y Netanyahu, principalmente) que con diferencias sustanciales respecto a los grandes temas internos (crisis económica) y externos (cuestión palestina y desafío nuclear iraní). El gobierno ultraderechista de Benjamín Netanyahu (formado a finales de marzo) promete ser inestable, tanto por las posiciones encontradas entre sus diferentes formaciones políticas como por las importantes tensiones internas de algunos partidos de la coalición.

En este nuevo Gobierno dos son los temas que han de subrayarse. Primero, respecto a la cuestión palestina, ninguno de los miembros del Gobierno es firme partidario de la solución de los dos Estados, salvo en los términos de creación de *bantustanes*, como se ha mencionado. Incluso algunos son abiertos detractores de dicha opción y proclaman claramente opciones más drásticas como la transferencia de población palestina; y consideran no cerrado su objetivo de derrotar al movimiento y Gobierno de Hamás en Gaza. Segundo, todos perciben un potencial Irán nuclearizado como una amenaza existencial al Estado israelí. De hecho, una máxima de su política exterior y de seguridad ha sido impedir que ningún Estado de la región alcance la paridad estratégica

(léase nuclear) con Israel. Sus dos precedentes remiten al bombardeo de la central nuclear iraquí Osirak, en noviembre de 1981, y el de una estructura en Siria que, según Israel, estaba supuestamente destinada a albergar un reactor nuclear, en septiembre de 2007. En consecuencia, las amenazas israelíes de atacar Irán para impedir su desarrollo nuclear descansan en hechos contundentes y deben ser consideradas con gran credibilidad.

Las líneas rojas del Estado israelí no son las mismas que las de Estados Unidos. Pese a su estrecha alianza estratégica, la visión e intereses de Washington derivan de su condición de (única) superpotencia y los de Tel Aviv de su categoría de actor regional. El compromiso de Washington con la solución de los dos Estados puede colisionar con el alcance que se le otorga en Israel. Previsiblemente, Estados Unidos se verá enfrentado al dilema de forzar a Israel a retirarse de los territorios ocupados si quiere alcanzar un compromiso con los Estados árabes y los palestinos para poner fin definitivamente al conflicto; o bien, por el contrario, no forzar a Israel, tanto por razones de política interior (reelección de Obama) como exterior (alianza estratégica), por lo que no se alcanzaría el mencionado compromiso de los dos Estados y se dejaría abierta una controversia que salpica a sus propios intereses en la región.

Expectativas ante la nueva administración estadounidense

A diferencia de cualquier otro actor externo, Estados Unidos es el de mayor peso e influencia en Oriente Medio. Sus principales líneas de acción exterior en la región han estado tradicionalmente centradas en asegurarse el suministro de petróleo, en mantener su influencia de forma exclusiva y predominante (e incluso hegemónica), y en brindar su incondicional apoyo al Estado israelí. En la última década, bajo su nueva doctrina de seguridad estratégica, se ha involucrado militarmente en Afganistán e Irak. Nada predice que sus intereses geoestratégicos vayan a cambiar en el futuro. Desde hace algún tiempo se advierte su creciente interés e inquietud en el Golfo Pérsico (Irak e Irán) e incluso más hacia el Este (Afganistán y Pakistán). Semejante deslizamiento no siempre se ha realizado en detrimento de su atención hacia Oriente Próximo, pero se espera que, pese a los otros desafíos que le aguardan, la nueva administración se ocupe con mayor energía del conflicto palestino-israelí e incluso revise su tradicional aproximación al mismo. Las razones que suscitan esas expectativas son dos.

Sería ingenuo esperar que Estados Unidos cambie sus intereses y alianzas en Oriente Medio, pero existen razones para considerar —con realismo— una apuesta más equilibrada en su mediación en el conflicto

En primer lugar, y pese a que no es el único tema de preocupación ni siempre es considerado el más importante, en los círculos de influencia sobre la política exterior de la nueva administración se le otorga una especial prioridad, derivada de la centralidad que ocupa la cuestión palestina en el mundo árabe e incluso en el islámico (Scowcroft y Brzezinski, 2008). Se reconoce sin ambages que su prolongada irresolución genera los sentimientos de antipatía hacia Estados Unidos en la región. Además de ser el barómetro que aplican las sociedades árabes para evaluar la política exterior de Washington en la zona, es una fuente de permanente descontento sociopolítico que sólo retroalimenta la militancia antiestadounidense. Todo ello genera un clima de tensión en los Estados árabes aliados, y en particular en los que mantienen relaciones con Israel (Egipto y Jordania), que tiende a ser instrumentalizado en aras de la rivalidad regional (otorga influencia a Irán en el mundo árabe). Obviamente, su potencial resolución no sería extensible a los otros problemas presentes en la región, pero se advierte que liberaría muchísima tensión, crearía un clima más favorable, de mayor confianza, para ser abordados.

Ahora bien, esta prioridad, e incluso sentido de urgencia, procede también de constatar que la resolución del conflicto, basada en la opción de los dos Estados, no será posible si se sigue posponiendo más en el tiempo (Cook y Telhami, 2008). La nueva realidad que, sobre el terreno, ha creado la política de expansión territorial y colonización israelí dificultan sobremanera la construcción de un Estado palestino con continuidad territorial y viabilidad económica, sin olvidar la creciente presión demográfica palestina. A su vez, estas dificultades, unido al fracaso del proceso de paz (que alejó la opción de los dos Estados), han forjado una nueva tendencia en la sociedad palestina que aboga por la opción de un solo Estado, que sea el de todos sus ciudadanos con independencia de su etnia y confesión religiosa. Esta corriente de opinión gana cada vez más adhesiones, sobre todo en la diáspora palestina, porque posibilita ejercer el derecho al retorno de los refugiados; y se considera que es la resolución más justa y factible para todos.

En segundo lugar, para que adquiera credibilidad y efectividad su nueva política exterior en Oriente Medio, Washington debe revisar algunos de sus postulados y pautas de comportamiento. Hasta ahora Estados Unidos es percibido más como parte del problema que de la solución. Se le considera un mediador parcial y, por tanto, deshonesto; imagen que deriva de su apoyo ciego e incondicional a Israel en todos los terrenos: político-diplomático, militar, económico e incluso mediático (se encuentran mayores críticas en la prensa israelí a su Gobierno que en la estadounidense). Su apoyo a la intervención israelí en Gaza es el ejemplo más reciente.

Por todo ello, y pese al capital político inicial de Obama, Estados Unidos no es considerado inocente, salvo que revise su política exterior. No se espera que altere su especial relación estratégica con Israel, sólo que asuma un papel más honesto, equilibrado y flexible. Pese al sonado silencio de Obama sobre la crisis de Gaza, se ha valorado positivamente su elección de George Mitchell como enviado especial a Oriente Medio por su trayectoria, mayor ecuanimidad y porque goza del respeto de ambas partes.

Sería ingenuo esperar que Estados Unidos cambie sus intereses y alianzas en Oriente Medio, pero existen razones para considerar —con mayor realismo— una apuesta más equilibrada en su mediación en el conflicto. Además de constatar el fracaso de su anterior gestión, el resentimiento antiestadounidense que suscita y evitar poner en apuro a sus aliados árabes (algunos han expresado que su paciencia se está agotando) (Al Faisal, 2009), Estados Unidos también está siendo afectado por una crisis financiera y económica sin precedentes desde la Gran Depresión de los años treinta. Por eso, las opciones más militaristas frente a Irán parecen ir remitiendo y se busca el entendimiento antes que la confrontación. En lugar de animar a una alianza regional militar, los esfuerzos de Estados Unidos bien podrían centrarse en atraer capitales e inversiones desde el Golfo hacia su maltrecha economía. Pero, sobre todo, existe una nueva valoración de su relación con Israel. No en el sentido de considerarlo más una carga que un activo estratégico (Mearsheimer y Walt, 2007), sino para “salvarlo de sí mismo”.

El dilema en el que se encuentra atrapado Israel fue expresado por su primer ministro, Ehud Olmert, al finalizar la conferencia de Annapolis en noviembre de 2007. Entonces afirmó que era muy probable que el Estado de Israel desapareciera en los términos actuales si no se lograba materializar la opción de los dos Estados, pues se convertiría en un Estado segregacionista, al estilo de la Sudáfrica del *apartheid* (granjeándose la enemistad de sus propios aliados); o bien, por el contrario, tendría que otorgarle el voto a todos sus ciudadanos, incluida a la población palestina de los territorios ocupados, desvirtuando así el carácter étnico (judío) del Estado israelí (Benn, Landau, Ravid, Rosner, 2007). Esta situación sin retorno es la que ha llevado a algunos círculos estado-unidenses, próximos a las administraciones demócratas (Clinton y Obama) y a Israel, a sugerir que sea salvada la opción de los dos Estados (Haass e Indyk, 2009). Dicho de otro modo, se necesita crear un Estado palestino para garantizar la supervivencia de Israel como Estado judío. De ahí que se anime a la nueva administración a trabajar en esa dirección aceptando integrar en el proceso a Hamás y fomentando su reconciliación con Fatah (esto es, deshacer el camino andado por la anterior administración).

De asumir esta política, la tarea que tiene Obama por delante es ingente y sus dificultades no son pocas. Sin ánimo de ser exhaustivo cabe advertir algunas. La primera es la de lograr que las partes enfrentadas se adentren en esa nueva dinámica, consolidándose previamente el alto el fuego entre Hamás e Israel. Por muy poderoso que sea el actor externo, no siempre puede asegurar el resultado de su gestión (los casos de Afganistán e Irak son bastante elocuentes). No existe garantía alguna de que, con un Gobierno conservador, reducto *neocón*, Israel acceda a dismantelar sus colonias y retirarse a las fronteras anteriores a 1967, cuando existen voces en su gabinete que abogan por acometer una nueva limpieza étnica para dirimir el dilema al que se enfrenta su Estado (Morris, 2009). Tampoco se puede obtener un cheque en blanco de la parte palestina en el tema de los refugiados y su derecho al retorno. Por último, surgen dudas acerca de si no será demasiado tarde para implementar la solución de los dos Estados cuando la opción de un solo Estado está ganando mayor apoyo.

Si la Unión Europea quiere recuperar su credibilidad y presencia en Oriente Medio tendrá también que revisar su política exterior en la región

¿Y la Unión Europea?

Probablemente en ninguna otra parte del mundo la presidencia de Obama ha generado mayores expectativas que en Oriente Medio, con el riesgo de que a más esperanzas sigan mayores decepciones. La razón de este inicial entusiasmo descansa en la reconocida influencia de Washington en la región y en el malestar generalizado con la política de su anterior presidente. Esta visión deja en un lugar muy secundario a otros actores internacionales, en particular a la Unión Europea. Sin embargo, en un nuevo acercamiento —más multilateral que unilateral— al conflicto, Washington tendrá que contar con Bruselas. Se trata de una nueva oportunidad que tiene la Unión para reparar su imagen y cobrar mayor protagonismo. Su adhesión al boicot político y económico contra el Gobierno de unidad nacional palestino causó una enorme decepción. En los círculos palestinos y en las opiniones públicas árabes se podía esperar esa actitud de Israel y Estados Unidos, pero no de la Unión Europea, que parecía destinada a compensar el desequilibrio existente y no a aumentarlo.

Son sobre todo voces europeas las más críticas con su trayectoria en la región, debido a su seguidismo de la política estadounidense en Oriente Medio. Pese a ello, previsiblemente, los Veintisiete no van a desafiar la política exterior de Washington en la región, ni van a asumir la suya propia en discrepancia con la de Estados Unidos (Joffé, 2008). De hecho, se reconocen sus limitaciones militares y políticas en ese entorno, aunque esto no fue óbice

para que Bruselas adoptara medidas de presión económica contra el actor más débil, la AP. Sin embargo, no se han emprendido acciones similares hacia Israel por su sistemática violación de los derechos humanos en los territorios ocupados y repetidos incumplimientos de las normas internacionales. Ni siquiera ha surgido una leve amenaza; por el contrario, algunos Gobiernos europeos parecen estar dispuestos a premiar a Israel con un estatuto de socio avanzado.

Si la Unión Europea quiere recuperar su credibilidad y presencia en Oriente Medio tendrá también que revisar su política exterior en la región. Ahora cuenta con una nueva oportunidad para asumir su propia estrategia, e incluso diferenciarse de la estadounidense e israelí. Algunas propuestas sugieren que integre a Hamás en el proceso de paz; reestructure su ayuda a los territorios palestinos siguiendo criterios más rigurosos, eficaces y plurales que los de sus “aliados moderados”; ayude a reforzar la economía palestina sin dependencia de la israelí y revise su relación con Israel, sentando nuevas bases, de mayor firmeza e incluso, si fuera el caso, adoptando sanciones (Emmerson, Tocci y Youngs, 2009). Sólo esta revisión de su acción exterior logrará mejorar sus relaciones con el mundo árabe y, no menos importante, con numerosos segmentos de población europea de origen árabe y musulmán.

A modo de conclusión

El año 2008 tenía que haberse cerrado en Oriente Próximo con la construcción de un Estado palestino, según estaba previsto en la iniciativa de Annapolis sellada en noviembre de 2007. Después de un año de negociaciones al más alto nivel, entre el primer ministro israelí, Ehud Olmer, y el presidente de la AP, Mahmud Abbas, no se consiguió el objetivo señalado. Tampoco se logró avanzar ni un solo paso significativo en esa dirección (pese a la acumulación de negociaciones previas). No es la primera vez que desde el inicio del proceso de paz, a principios de los noventa, sus acuerdos e iniciativas se incumplen sistemáticamente. Por el contrario, ésta suele ser la norma. De hecho, la realidad que se impuso entonces fue la devastadora y sangrienta ofensiva israelí sobre la maltrecha franja de Gaza (sólo cerrada en falso); la de una nueva escalada colonizadora en Cisjordania, que señala en dirección contraria a cualquier compromiso y voluntad de paz con los palestinos; y la formación, tras las elecciones legislativas de febrero, de uno de los gobiernos israelíes más derechistas y chovinistas de su sexagenaria historia, con miembros que pro-

claman abiertamente sus convicciones de expansión territorial y supremacía racial sobre los palestinos. Nada parece presagiar, por tanto, que durante los próximos meses e incluso años vayan a mejorar las expectativas para lograr un acuerdo de paz en la región.

Ante este desolador panorama debería asumirse, de una vez por todas, y en particular por parte de Estados Unidos y sus aliados, que los acuerdos e iniciativas de paz anteriores han fracasado definitivamente, que son un anacronismo y, por consiguiente, han dejado de ser un referente constructivo para la resolución del conflicto. Para ello, se requiere un nuevo marco de referencia, basado en principios claros y justos, de acuerdo con el Derecho Internacional, en el que se fije un calendario inamovible y, en particular, cuente con la garantía del Consejo de Seguridad de la ONU para hacer valer los acuerdos alcanzados entre las partes o, en su caso, imponerlos. De lo contrario, es muy previsible que se asista a la prolongación del conflicto (y, también, del sufrimiento), el incremento de la inestabilidad regional, la multiplicación de los riesgos y, de forma intermitente, nuevos ciclos de violencia.

Artículo finalizado el 30 de marzo 2009

Referencias bibliográficas

Al-Faisal, T. (2009), "Saudi patience is running out", *The Financial Times*, 22 de enero. Disponible en <http://www.ft.com/cms/s/0/65b122b6-e8c0-11dd-a4d0-0000779fd2ac.html?nclick_check=1>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Álvarez-Ossorio, Ignacio (2007), "Hamás versus Fatah: dos gobiernos, ningún Estado", *Política Exterior*, N° 119, pp. 79-92.

Barreñada, Isaías (2008), "Ocupación, división y debate sobre el futuro Estado palestino", en Mesa, Manuela (coord.), *Escenarios de crisis: fracturas y pugnas en el sistema internacional. Anuario 2008-2009*, Barcelona, Ceipaz e Icaria Editorial, pp. 175-205.

Benn, A., D. Landau, B. Ravid y S. Rosner (2007) "Olmert to Haaretz: Two-state solution, or Israel is done for", *Haaretz*, 29 de noviembre de 2007. Disponible desde <<http://www.haaretz.com/hasen/spages/929439.html>>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Brown, N. J. (2008), "Palestinian Presidential Elections", Carnegie Endowment Fact Sheet. Disponible en <http://www.carnegieendowment.org/files/brown_palestine_elections.pdf>.

Conflicts Forum (2007) "Elliot Abrams' uncivil war", disponible en <<http://conflictsforum.org/2007/elliott-abrams-uncivil-war/>>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Cook, Steven A.; y Telhami, Shibley (2008), "Addressing the Arab-Israeli Conflict", en Haass, Richard N.; e Indyk, Martin, *Restoring the Balance: A Middle East Stra-*

tegy for the Next President, Washington, DC, Brookings Institution Press. Disponible en <http://www.brookings.edu/projects/saban-cfr/~media/Files/Projects/sabancfr/restoring_the_balance_ch5.pdf>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

De Soto, Álvaro (2007), "End of Mission Report", disponible en <<http://image.guardian.co.uk/sys-files/Guardian/documents/2007/06/12/DeSotoReport.pdf>>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Emerson, M.; N. Tocci; y R. Youngs (2009), "Gaza's hell: Why the EU must change its policy", *CEPS Commentary*, 13 de enero. Disponible en <http://www.fride.org/descarga/RYoungs-Gaza-CEPS.pdf>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Halevy, Efraim (2008), "Khaled Mashal's Bombshell", *Yedioth Ahronoth*, 7 de abril, disponible en <http://www.usmep.us/op-eds/Khaled_Mashals_Bombshell.php>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Haass, R. N.; y M. Indyk (2009), "Beyond Irak: A New U.S. Strategy for the Middle East", *Foreign Affairs*, Vol. 88, Nº 1. Disponible en <<http://www.foreignaffairs.org/20090101faessay88104/richard-n-haass-martin-indyk/beyond-iraq.html>>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

International Crisis Group (2008) "Palestine Divided", *Middle East Briefing*, Nº 25, Ramallah, Gaza, Brussels, 17 de diciembre. Disponible en <http://www.crisisgroup.org/library/documents/middle_east___north_africa/arab_israeli_conflict/b25_palestine_divided.pdf>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Israel Ministry of Foreign Affairs (2009) "Israel's Diplomatic Missions Abroad: Status of Relations". Disponible en <<http://www.mfa.gov.il/MFA/About%20the%20Ministry/Diplomatic%20missions/Israel-s%20Diplomatic%20Missions%20Abroad>>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Joffé, G. (2008), "Europa, Israel y Palestina: ¿Una última jugada?". Disponible en <<http://www.fride.org/publicacion/412/europa-israel-y-palestina-una-ultima-jugada>>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Masalha, Nur (2008), *La expulsión de los palestinos. El concepto de transferencia en el concepto político sionista, 1881-1948*, Madrid, Bósforo Libros, pp. 237-238.

Mearsheimer, J. J.; y Walt, S.M., (2007), *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos*, Madrid, Taurus.

Morris, B. (2009), "Por qué Israel se siente amenazado", *El País*, 17 de enero.

Muñoz, J.M. (2009): "Al Fatah tenía 3.500 hombres en Egipto listos para entrar en la franja", *El País*, 29 de enero.

Nuseibeh, Sari (2008), "The One-State Solution", *Newsweek*, 29 de septiembre, disponible en <http://www.newsweek.com/id/160030>.

Palestine Strategy Study Group (2008), "Regaining the Initiative: Palestinian Strategic Options to End Israeli Occupation", disponible en <[http://www.palestinestrategygroup.ps/Regaining_the_Initiative_FINAL_17082008_\(English\).pdf](http://www.palestinestrategygroup.ps/Regaining_the_Initiative_FINAL_17082008_(English).pdf)>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Rose, David, "The Gaza Bombshell", *Vanity Fair*, abril 2008, disponible en <<http://www.vanityfair.com/politics/features/2008/04/gaza200804>>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Sayigh, Yezid (2007), "Inducing a Failed State in Palestine", *Suvirval*, Vol. 49, Nº 3, pp. 7-40 (16).

Scowcroft, Brent; y Brzezinski, Zbigniew (2008), "Middle East Priorities For Jan. 21", *The Washington Post*, 21 de noviembre, disponible en <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/11/20/AR2008112003008_pf.html>. Consultado el 21 de marzo de 2009.

Shikaki, Khalil (2002), "Palestinians Divided", *Foreign Affairs*, Vol. 81, Nº 1, pp. 89-105.

Shikaki, Khalil (1998), "Peace Now or Hamas Later", *Foreign Affairs*, Vol. 77, Nº 4, pp. 29-43; y Skikaki, Khalil (2006), *El fracaso de la consolidación de la paz y la relación entre seguridad y buen gobierno: El caso de Palestina, 1993-2005*, Madrid, Centro de Investigaciones para la Paz.

Siegman, Henry (2007), "The Great Middle East Peace Process Scam", *London Review of Books*, 16 de agosto, disponible en http://www.lrb.co.uk/v29/n16/sieg01_.html

Wallerstein, Immanuel (2009), "Chronicle of a Suicide Foretold: The Case of Israel", *Commentary*, Nº. 249, 15 de enero, disponible en <http://www.binghamton.edu/fbc/249en.htm>